

De cómo ciencia y arte se conjugaron en la labor social*

Claudia García Tejeda**

Tras el paso de dos huracanes que prácticamente arrasaron varias provincias de Cuba entre el 30 de agosto y el 9 de septiembre de 2008,¹ se despertaron múltiples reacciones también entre los que no sufrimos directamente las consecuencias.

Como parte del grupo de estudiantes que cursa actualmente la Maestría en Psicodrama y Procesos Grupales, de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana (2007-2010), nos dirigimos el sábado 13 de septiembre, de conjunto con nuestros maestros, a la provincia de Pinar del Río. Llevábamos el propósito de ofrecer nuestras manos y conocimientos a personas que los necesitaran. La colaboración del centro Martin Luther King, de la ONG Médico Internacional Suiza y el

apoyo del Ministerio de Cultura fueron determinantes para concretar el proyecto.

13 de septiembre

Llegamos al municipio Los Palacios temprano en la mañana. El presidente del Gobierno Municipal nos recibió en su oficina. Se veía muy cansado y desconcentrado. Al rato nos dijo: “si me siento dos minutos sin hablar, me duermo”. Haciendo un esfuerzo ordenó sus pensamientos y trazó para nosotros un panorama sucinto de todo lo acontecido: las evacuaciones, los daños y las agotadoras labores de recuperación. Por supuesto que no omitió sus vivencias, las angustias y preocupaciones de todos y cómo, durante el

* Entre los últimos días de agosto y los primeros de septiembre de 2008 la seguridad de gran parte de la población cubana se vio amenazada por la sucesión de dos potentes huracanes.

Desde los siempre animados salones del ICIC Juan Marinello escuchábamos y comentábamos con desesperación y muchas inquietudes los partes meteorológicos sobre cómo se iban aproximando las tempestades, cómo llegaban, por dónde pasaban, qué estaba sucediendo en los lugares donde los vientos y las marejadas habían sido más intensos y qué acciones estaban desarrollando las autoridades para, de acuerdo con las posibilidades concretas en cada lugar, subvertir las nefastas consecuencias espirituales y materiales. Un lunes temprano apareció Claudia con una expresión inusualmente alterada. Antes de preguntarle la causa de tal desajuste casi adivinamos la respuesta: había pasado el fin de semana en Los Palacios, trabajando en la recogida de escombros.

Su apariencia no parece la más a propósito para una tarea que requiera fortaleza física y sin embargo ahí estaba ante nosotros, cansada, pero convencida de haber hecho lo correcto. Fue entonces cuando se nos ocurrió pedirle que redactara unas notas donde resumiera todo cuanto había visto, escuchado y experimentado durante el viaje, para que, llegado el momento, pudiese referir en detalle la extraordinaria experiencia vivida y dar cuenta de cómo formando parte de un grupo de estudiantes de maestría se había involucrado en una tragedia colectiva y puesto en práctica sus habilidades profesionales.

Tres meses después nos trajo el texto que sigue, el cual, pese a su brevedad y a la intención expresa de no proponer una reflexión teórica, reviste a nuestro juicio un doble interés. En tanto relato de historia reciente, aporta —para aquellos que se propongan reconstruir los acontecimientos— detalles inéditos que complementan la abundante información publicada sobre el tema en la prensa de aquellos días; y en tanto experiencia de intervención en una comunidad, demuestra cómo ciertas técnicas de trabajo social pueden ser utilizadas de manera creativa en situaciones de desastre y rendir un fruto provechoso en la transformación social.

Por ese doble interés es que hemos decidido compartir con los lectores de *Perfiles* este material, a la espera de que su lectura sirva de acicate para profundizar en la reflexión sobre el compromiso de cada investigador social con su circunstancia, a sabiendas de la función legitimadora que, como transmisora de saberes y constructora de historias, corresponde a la escritura. (Nota de la Redacción)

** Licenciada en Psicología. Trabaja en la línea de investigación de Familia en el ICIC Juan Marinello. Es miembro del Seminario Permanente de Familia, Identidad Cultural y Cambio Social de dicho instituto. Brinda orientación y atención psicológica a familias de niños en situación de riesgo para su desarrollo. Cursa la Maestría en Psicodrama y Procesos Grupales, de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana.

borrego@matcom.uh.cu; clauzuzi@yahoo.es.

¹ Se encuentra esta idea en la prensa nacional de la siguiente manera: “La acción combinada de los huracanes Gustav e Ike en vientos, lluvias e inundaciones a su paso prácticamente por todo el país, entre el 30 de agosto y el 9 de septiembre, incluidos los efectos previos y posteriores a su entrada y salida del territorio nacional, la convierten sin duda alguna en la más devastadora en la historia de estos fenómenos meteorológicos en Cuba con relación a la magnitud de los daños materiales ocurridos”. (s/a, 2008)

huracán Gustav, mientras hablaba por teléfono con el especialista que en ese momento leía los datos del instrumento para medir la fuerza de los vientos en la estación de Paso Real de San Diego, una racha de 340 km/h arrancó el aparato.²



Mientras escuchábamos su explicación nos invadía una profunda sensación de respeto por el extraordinario espíritu de lucha que los mantenía a todos en pie. A nosotros, que no habíamos sufrido las consecuencias en carne propia, el solo ver lo que nos rodeaba nos sobrecogía; ellos, evidentemente, se habían construido una coraza para resistir. Ese primer encuentro conmovedor fue para nuestro grupo apenas el comienzo de lo que íbamos a encontrar en cada persona, el ánimo y la fortaleza, al menos aparentes, que todos demostraron; unas cualidades que provienen de saber que nadie puede ponerse a llorar lo que perdió, cuando debe trabajar para levantarlo nuevamente.

Sin embargo, como psicólogos sabíamos que callar el sufrimiento no es saludable. Reprimir el dolor por una pérdida grande no impide que este busque otras maneras de exteriorizarse. Es fundamental poder expresar las vivencias y sentimientos negativos: el sufrimiento, el temor, la desolación, pues el camino del alivio se traza partiendo de reelaborar los acontecimientos, reviviendo los hechos para poder encontrar otros significados a lo que nos dañó.

Por eso estábamos dispuestos a poner nuestros conocimientos a disposición de quienes los necesitaran, a trabajar con ellos “su ciclón interno” usando técnicas psicodramáticas y de teatro espontáneo,³ herramientas que son capaces de brindar a las personas que sufren una oportunidad de identificarse, liberar el dolor y aprestarse a la búsqueda de soluciones.

Las mencionadas técnicas forman parte de la metodología de trabajo grupal en la que nos hemos entrenado en diferentes cursos de la Maestría. Todas constituyen instrumentos creados según la metodología del psicodrama de Jacob Levy Moreno. Se trata de herramientas muy valiosas que pueden utilizar los coordinadores grupales en el trabajo con sus grupos, con el objetivo de que los miembros de estos “jueguen” consigo mismos, con sus historias, sus sentidos y significados, sus vivencias, con su mundo psicológico.

Moreno definió el psicodrama “como un método para sondear a fondo la verdad del alma a través de la acción”. (Bello, 1999:23) Pretendía con él la búsqueda de la espontaneidad y la creatividad, que consideraba las características del ser humano sano. El centro

² Una referencia al respecto es la siguiente “[...] se reportaban preliminarmente rachas de 340 kilómetros por hora, al contactar con los meteorólogos más cercanos al poblado de Paso Real de San Diego, se advertía cómo los equipos de medición de velocidad y presión se rompieron, al sobrepasar los máximos estándares”. (Barrio *et al.* 2008)

³ El Teatro de la Espontaneidad fue creado por Jacob Levy Moreno en la búsqueda de un teatro que no tuviera textos preescritos, que tomara como argumentos aquellos de la vida cotidiana de las personas que asistían a la representación.

Jacob Levy Moreno (1889-1974) nació en Bucarest, Rumanía. Su familia emigró a Viena en 1895, donde Moreno realizó sus estudios de Medicina y Psiquiatría y desarrolló sus primeras experiencias y propuestas (durante la I Guerra Mundial se hizo cargo de un campo de personas desplazadas, lugar en el que comenzó a estudiar la conducta de grupo), para luego, en 1925, emigrar a Nueva York. Moreno, como pensador, como pionero de la psicología social y de la psicoterapia de grupo, recibió influencia de pensadores tales como Bergson, Martin Buber, Kierkegaard, Albert Schweitzer y Leon Tolstoi. En 1921 funda el “teatro de la improvisación” (“Stegreiftheater”) y en 1932 acuña el término “psicoterapia de grupo” (“group psychotherapy”). Sus principales obras son: *Quién sobrevivirá* (1934), que expone los principios de la sociometría, *Psicodrama* (1947-1959) y *Psicoterapia de grupo y psicodrama* (1965).

de su trabajo estuvo siempre en los grupos porque el hombre vive en grupos. “[E]s en el grupo donde debe facilitarse el desarrollo de la espontaneidad para que surja la creatividad en todos los niveles de la vida. Y la vida, para Moreno, es acción”. (Bello, 1999:24)

El método consiste en la representación (dramatización), individual o grupal, de acontecimientos pasados o futuros, reales o imaginarios, externos o internos, experimentándolos al máximo, como si estuvieran sucediendo en el presente. En estas representaciones se utilizan diversas técnicas dramáticas, guiadas por ciertos principios y reglas, y destinadas, según lo requerido por el proceso, a uno o más de los siguientes objetivos principales:

- Darse cuenta de los propios pensamientos, sentimientos, motivaciones, conductas y relaciones.
- Mejorar la comprensión de las situaciones, de los puntos de vista de otras personas y de nuestra imagen o acción sobre ellas.
- Investigar y descubrir la posibilidad y la propia capacidad de nuevas y más funcionales opciones de conducta (nuevas respuestas).
- Ensayar, aprender o prepararse para actuar las conductas o respuestas que se encontraron más convenientes. (s/a, 2007)

Teniendo muy presentes estos objetivos, pedimos que nos llevaran a una comunidad necesitada de ayuda, donde pudiéramos colaborar en tareas de recuperación de modo que, involucrándonos en la búsqueda de respuestas a necesidades prácticas evidentes y perentorias, como la recogida de escombros, la sustitución o reparación de techos y paredes fracturadas, o cualquier otra, nos pudiésemos situar en un plano humano más cercano al dolor de sus pobladores. Queríamos estar junto a ellos, para ayudarlos a reconstruir sus casas y luego, cuando el agotamiento físico demandara descanso, proponerles un acercamiento a su mundo interior. Estába-

mos convencidos de que si lográbamos con nuestra ayuda concreta hacerles sentir la solidaridad que queríamos transmitirles, el plano afectivo y emocional quedaría mejor dispuesto para una aproximación interpersonal mucho más efectiva, lo cual podría significar un buen comienzo para el complejo proceso de trabajo con las subjetividades.

Así fue como llegamos al poblado Sierra Maestra, situado a 9 km de la cabecera municipal. En aquel momento el pueblo tenía el 90 % de sus casas total o parcialmente destruidas.

Durante el trayecto habíamos recogido en nuestro ómnibus a varias personas que se movían a pie. La carretera no mostraba ni la más mínima huella de tránsito, más allá de los escasos vehículos en los que las autoridades locales recorrían el territorio. Todas las personas encontradas parecían haberse puesto de acuerdo sobre el hecho de que lo acontecido había puesto sus vidas en el vórtice de una gran catástrofe. Comentaré solo dos casos.

Una trabajadora social se sentó a mi lado. Volvía al pueblo para ver a su familia; su casa había quedado destruida por el huracán Gustav y desde ese momento ellos habían sido acogidos por diferentes vecinos. Ella se encontraba movilizaba en La Habana realizando un censo, pero desde el paso del Ike perdió el contacto con los suyos, tras interrumpirse las comunicaciones, y había solicitado un permiso especial para visitarlos.

En el asiento de atrás se había sentado una mujer de 40 años quien, al oírnos conversar, se acercó y contó que su casa le había durado muy poco, porque hacía solo cinco meses que se la habían entregado. Su familia era considerada un caso social debido a la discapacidad físico-motora del hijo y las múltiples operaciones que había sufrido, y ahora habían vuelto a la situación anterior de falta de vivienda.

Ver y escuchar todo aquello me pareció irreal. Tuve que hacer esfuerzos para que la lástima no me dominara. La lástima suele ser casi el primer sentimiento que surge en

circunstancias similares, y su efecto tiende a ser nocivo cuando interfiere una relación entre dos personas situadas en planos diferentes. El paternalismo que pretende solucionar los problemas de otras personas para que no sufran, no contribuye a desarrollar su autonomía ni a prepararlas para luchar por sí mismas en la búsqueda de soluciones a sus malestares y dificultades. No se trata de abandonar a su suerte a personas carentes de lo fundamental, sino de hacerles saber que pueden contar con nuestra ayuda, sin renunciar a participar en la formación de sus capacidades para protagonizar sus vidas, recuperarlas o reapropiárselas, convirtiéndolas en responsables del cambio social. Se trata de trabajar para lograr que conozcan y empleen las leyes o explicaciones de los problemas de modo tal que puedan resolverlos y dominarlos, y no dejarlas sumidas en situaciones sin salida que las pueden dañar e incluso paralizar.

Cuando llegamos a Sierra Maestra nos recibió la responsable de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), una mujer mayor, muy amable. Ella también comenzó por contarnos la historia del desastre desde el primer momento, y quiso que lo viésemos todo con nuestros propios ojos. Pero el tiempo transcurría y el momento de empezar a trabajar no parecía llegar nunca. Pienso ahora que quizás ninguno de nuestros interlocutores asumía que estuviésemos dispuestos realmente a cooperar. Percibimos algo de esto cuando el miembro del secretariado del Partido cambió su ropa de trabajo por otra limpia para acompañarnos a visitar el lugar, aunque cuando constató que nos metíamos en el fango para acometer las primeras acciones se acomodó lo mejor que pudo la camisa y el pantalón limpios y se sumó a la faena.

Ante todo había que recoger los escombros. Habían traído una excavadora para amontonar la basura de las orillas del camino y cargarla en camiones, pero había lugares donde el suelo pantanoso representaba peligro de hundimiento para la máquina, por eso quedaban montañas de escombros acu-

mulados frente a las entradas de las casas y era preciso mover todo eso hasta la carretera para que pudiera ser recogido. Cuando llegamos, la tarea la estaban realizando un joven, y cuatro federadas y un vecino mayores de 60 años, pero a pesar de la edad aseguraban no sentirse cansados. Esta evidencia me hizo pensar que no por casualidad la generación de los que hicieron la Revolución aprendió a no mostrar sus debilidades para ser digna representante del espíritu de lucha de los cubanos. Era su manera de no darse por vencidos.

Comenzamos a trabajar a la par de ellos mientras observábamos cómo pequeños grupos de personas permanecían sentadas en el exterior de las que habían sido sus residencias, conversando y rodeadas de las pocas pertenencias que habían logrado rescatar del desastre: colchones, muebles, ropas, todo tendido sobre la hierba o colgado de cordeles para orearse al sol. Poco a poco se nos unieron otros pobladores. Los primeros fueron los niños, con la expresión de felicidad que solo ellos son capaces de manifestar cuando viven una experiencia novedosa; luego se incorporaron algunos adultos, y poco después del mediodía éramos más de cien.



Estuvimos más de tres horas trabajando sin parar bajo un fuerte sol. Las mujeres salían de aquellas casas dismanteladas trayéndonos café, agua para todos, invitándonos a almorzar. Aquella gente que había perdido la mayor parte de lo poco que tenía, quería compartir con nosotros lo que le había quedado, con lo cual daba muestras de su grandeza de espíritu. Cuando todos los

escombros estuvieron apilados a la orilla de la carretera, y los jardines despejados, dimos por concluida la labor, nos regalamos entre todos un aplauso y fue entonces cuando les propusimos una actividad más, a realizar durante la pausa para descansar. Todos aceptaron.

Nos desplazamos entonces hacia el centro de la comunidad para hablar y representar lo que habíamos visto y experimentado. Queríamos con eso mostrarles una faceta de nuestro trabajo como científicos sociales y como artistas, para que nos conocieran mejor. En un segundo momento fueron ellos los encargados de expresar sus sentimientos, de “sacarlos” a la luz, compartirlos, para hacer de los miedos, las angustias e inquietudes y las inmensas tristezas, un patrimonio de todos y así aliviar la “carga”.

Grandes y chicos participaron. Muchos hablaron de lo que habían visto, de lo que les había sucedido, dramatizaron algunas consecuencias de los huracanes, incluso las negativas, que hasta el momento parecían silenciadas o condenadas al rincón oculto de lo individual, como si por invisibilizarlas fueran a desaparecer y a dejar de afectarlos. Cuando pudieron darse cuenta de que estaban compartiendo abiertamente su dolor, estuvieron en mejores condiciones para proponer y dramatizar soluciones constructivas que les permitieran aliviarlo.



Ello fue posible porque las técnicas psicodramáticas que utilizamos les dieron la oportunidad de concretizar los sentimientos

y actitudes que en la situación por la que atravesaban les resultaban conflictivos y difíciles; esa posibilidad permitió hacerlos más visibles, delimitarlos, acotarlos y, por lo tanto, más operacionalizables. Cada protagonista (que en momentos fue una sola persona y, en otros, todo el grupo), tuvo así la posibilidad de interactuar con sus miedos, angustias, conflictos, y proponerse la búsqueda de estrategias de enfrentamiento.

Regresamos a La Habana exhaustos, pero con la satisfacción de que muchos de ellos vivenciaron el desastre como experiencia diferente y de todos. La unión de los vecinos en aquel “juego” había sido una ocasión para reflexionar sobre el valor de la vida, la necesidad de que cada cual protagonice su lucha, lo perecedero de los bienes materiales, la importancia de la solidaridad; de esta manera las ideas elevadas, de amor, de valores espirituales, habían abandonado su apariencia de discurso aprendido, o de fría consigna racional, para reforzar el establecimiento de un compromiso moral que nos involucró a todos.

16 de noviembre

Dos meses después de aquel primer acercamiento estábamos de nuevo listos para viajar a la localidad de Sierra Maestra, y esa vez llevábamos algo más. Habíamos constatado como un daño muy visible la pérdida de árboles. Por eso para el segundo viaje adquirimos 40 posturas de frutales destinadas a ser sembradas en la comunidad. Guanábanas, mangos, mameyes, chirimoyas y otros árboles de los llamados en Cuba “de sombra”, constituirían nuestro aporte material a la reconstrucción de Sierra Maestra.

Nos recibieron con mucho afecto. Encontramos ya un bonito parque infantil nuevo, un grupo de casas tenía techo; otro grupo, de las menos dañadas, estaba siendo reparado por los habitantes; pero quedaba un tercer grupo que aún no había sido beneficiado por estar en muy mal estado y ser de veras escasos los recursos.

Cuando mostramos las plantas se pusieron muy contentos. Con el Presidente del Consejo Popular y otras personas mayores decidimos sembrar los frutales en los patios de casas, donde tuvieran buenas condiciones para crecer, y cuyos dueños, conocedores del cultivo y el cuidado necesario a los árboles, se comprometieran a atenderlos; los otros irían a espacios comunes como el parque de la comunidad.



Al empezar las visitas a las casas hicimos explícito el deseo de compartir la satisfacción de la siembra. No faltaron las bromas insistiendo en que volveríamos a probar las frutas cuando los árboles hubiesen crecido, mientras se deshacían en invitaciones, a las que respondimos con agradecimiento. De tal modo quedó establecido un pacto de complicidad, un contrato de responsabilidad compartida por el lazo que nos unía.

Después nos fuimos al parque infantil y a otras zonas del centro para colocar los restantes árboles. Nos devolvían sonrisas de camaradería y compromiso. Al terminar propusimos una actividad para los niños y otra para adolescentes, jóvenes y adultos.

Con los pequeños utilizamos el dibujo como medio para que expresaran sus sentimientos y la búsqueda de soluciones para los problemas que percibían en su comunidad. Un árbol de cartón grande, con cara triste por haber perdido todas sus ramas durante los ciclones, fue el “pie” para asociar y expresar sus vivencias, y comenzar a proponer maneras de enfrentar todo lo que les producía malestar y tristeza. Hicieron los

dibujos y luego los recortaron y colocaron alrededor del árbol, y así lo colmaron de vida y color.



El otro grupo tuvo a su disposición un gran cúmulo de juegos para pensar. En ellos debían aplicar razonamientos lógicos y mostrar destrezas visoespaciales. La tarea consistía en armar pirámides, cubos, figuras planas como tangrams, zafar objetos entrelazados, responder adivinanzas. Todos disfrutaron mucho, colaboraron entre ellos y compartieron sus conocimientos, orgullosos de sus habilidades tras solucionar cada tarea y reconocer el esfuerzo de sus compañeros.



Para cerrar la visita estaba con nosotros el grupo Teatro Espontáneo de La Habana. La mayoría de sus miembros son estudiantes de la Maestría, pero se encontraba

también el resto de los integrantes. Niños y adultos contaron sus historias para ser representadas. Unos se refirieron a las estrategias adoptadas durante los huracanes; otros hicieron hincapié en su malestar psicológico; un tercer grupo habló de lo sucedido después, de la ayuda y el cariño de tanta gente, y también de nuestra presencia.

Al despedirnos aquella tarde reiteramos la disposición a repetir la experiencia. Sentíamos haber recibido mucho más de lo que habíamos entregado. Aprendimos a ser mejores personas. Comprobamos que no hay que esperar a ser convocados, que siempre puede ser momento de hacer, de ayudar, de

reconstruir, y que somos sujetos activos, capaces de, con nuestro empeño, comenzar a transformar, aunque sea un poco, la realidad a nuestro alrededor.



Bibliografía

- Barrio, Margarita *et al.* 2008 “Evalúan daños provocados por Gustav en Pinar del Río y la Isla de la Juventud” en *Juventud Rebelde* (La Habana), edición digital, 31 de agosto de 2008.
- Bello, María Carmen, 1999 *Introducción al Psicodrama. Guía para leer a Moreno*. (México, D. F.: Editorial Colibrí).
- “El Psicodrama según Moreno”. En <<http://www.psicodramatistas.com/content/view/38/56/>>. Acceso 5 de noviembre de 2007.
- “Información oficial de datos preliminares sobre los daños ocasionados por los huracanes Gustav e Ike” en *Juventud Rebelde* (La Habana), edición digital, 15 de septiembre de 2008.